

con las bayonetas y la metralla para dispersarlos y poner á salvo *los derechos adquiridos...*

»En virtud de esta organización monstruosa, el hijo del trabajador, cuando entra en la vida, no encuentra ni un campo que pueda cultivar, ni una máquina que pueda dirigir, ni una mina que se atreva á excavar, sin ceder á su amo una buena parte de lo que producirá. Debe vender su fuerza de trabajo por una pitanza mísera é incierta. Si obtiene el permiso de aplicarse al cultivo de un campo, es á condición de ceder la cuarta parte al gobierno y á sus intermediarios. Y este impuesto extraído de su cosecha por el Estado, el amo y el intermediario, crecerá siempre y raramente le dejará ni siquiera la facultad de mejorar sus cultivos. Si se dedica á la industria, se le permitirá trabajar,—y no siempre,—pero á condición de no recibir más que la tercera parte ó la mitad del producto, teniendo que ser lo restante para el que la ley reconoce como propietario de la máquina.

»Gritamos contra el barón feudal, que no permitía al cultivador tocar la tierra, á menos de entregarle la cuarta parte de su cosecha. Llamamos á esto la época bárbara. Pero si las formas han cambiado, las relaciones han quedado las mismas. Y el trabajador acepta, bajo el nombre de contrato libre, obligaciones feudales; pues en ninguna parte encontraría mejores condiciones. El todo, habiendo pasado á ser propiedad de un amo, dicho trabajador debe ceder ó morir de hambre!»

¿Cómo se comprende, pues, que una injusticia, una expoliación tan manifiesta, no esté en la conciencia de todo el pueblo trabajador, y no juzgue el hecho con el mismo horror con que puede juzgar la más insoportable tiranía? Sencillamente: porque se le engaña como se engañaría á un niño á quien se propusiese cambiar una libra esterlina falsa por otra de buena ley. En esto consiste la llamada ciencia económica que nos propagan los que, en virtud de ella, se enriquecen. En primer lugar, han procurado conven-

cernos de que el capital, el dinero, es el gran factor inicial é indispensable de toda producción, base de toda fortuna. En segundo término, nada más justo, dicen, que el capital sea acreedor á una remuneración; y se ha inventado el tanto por ciento de interés. Y con esto se ha formado un sistema muy complejo de explotación del trabajo, que el mismo obrero, víctima de tal astucia, ha llegado á creerlo equitativo. Para desvanecer este ilusionismo, vienen muy bien los siguientes párrafos escritos por el laborioso Grave:

«Amontónense, dice, todas las monedas de oro y plata, todos los valores rentísticos y bancarios; combínense todas las transferencias y todos los giros posibles; revuélvase todo ello cuanto se quiera: el tiempo no los aumentará en un gramo, las especies monetarias no darán á luz ninguna cría. Las especulaciones más abstractas y ficticias suponen siempre la existencia de un producto natural y de cierta dosis de trabajo, en los cuales puedan basarse los cálculos de aquéllos.

»Suprímense esos valores, y cierto es que se modificarán las relaciones económicas, que tomarán otro rumbo las condiciones del trabajo y de la vida; pero, en último término, no habrá por eso un gramo menos de carne, un grano menos de trigo. La humanidad podrá seguir viviendo; al paso que el día en que los productores se negasen á trabajar para los capitalistas, la burguesía haría la más triste figura con todo su capital. Por tanto, el trabajo es el verdadero productor de riquezas. El capital representa el valor y el producto de todo lo robado al trabajo.

»El invento del valor de cambio, la moneda, ha permitido á este robo asentarse en las asociaciones humanas, haciendo creer á los individuos en una remuneración de servicios, cuando se les despoja de una parte de lo producido por ellos, engañándoles acerca del valor real de las cosas».

Añadamos, con Tcherkesoff, que